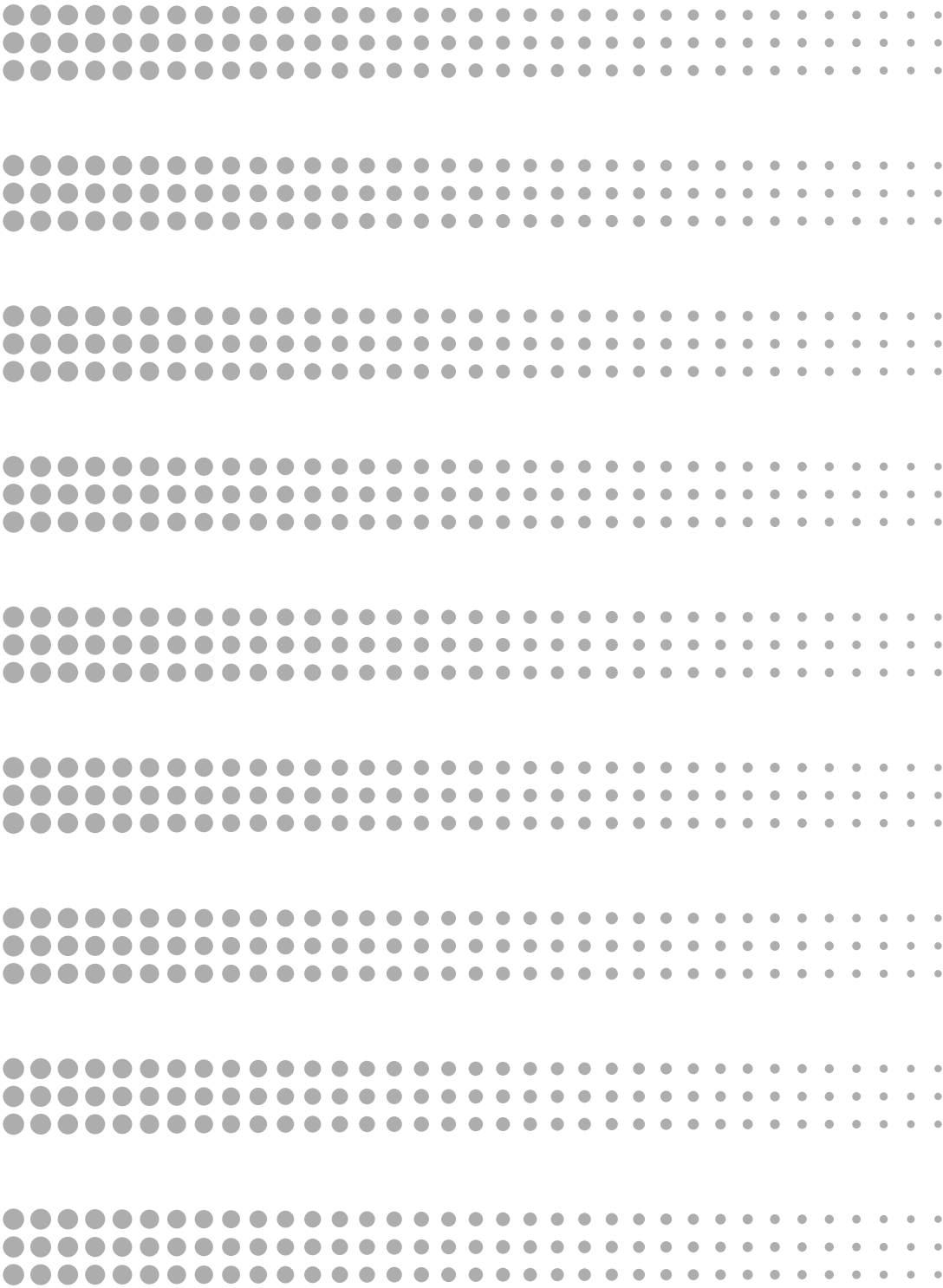


El Ingeniero que no sabía BAILAR

(Inspirado en un hecho real)

Jesús Álvarez

SAMARCANDA

El ingeniero que no sabía bailar
Del club de campo al comedor social (Inspirado en un hecho real)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2018, respecto a la primera edición en español, por:

© Jesús Álvarez
© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417103484
ISBN e-book: 9781524303730

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001—Sevilla)
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

A todas las personas que perdieron su lugar en el mundo
y a los que nunca perdieron su fe en sí mismos.

A la Orden de San Juan de Dios
y a todos los trabajadores y voluntarios
del comedor social de la calle Misericordia de Sevilla
por la maravillosa labor que realizan a diario.

El comedor social

Hacía frío y unas nubes cenicientas muy espesas habían ocultado el sol y dibujado sobre la blanquecina fachada del edificio amenazadoras sombras de penumbra. Álvaro avanzó hacia la cola con paso trémulo, casi arrastrando los pies, para detenerse una, dos, tres veces, antes de llegar a ella, como Cristo ante el Calvario. En cada una de esas tres paradas miró hacia atrás y hacia los lados temiendo que alguien lo viera. Oficinistas con chaquetas baratas, barrenderos vestidos de naranja y algunas mujeres mayores con abrigos de hace treinta años paseaban en ese momento por la calle de la Misericordia, donde se ubicaba la puerta del edificio al que unas cien personas pretendían entrar. Nadie conocido, se calmó Álvaro, mientras se subía el cuello y la capucha de su viejo anorak, regalo de Clara, y se ponía en la cola, cada vez más numerosa, de la que él formaba ya parte. El comedor social de la Orden de San Juan de Dios abría a la 1 de la tarde y aún faltaban algunos minutos para que la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, un pequeño pero admirable ejemplo de la huella arquitectónica que el Barroco había dejado en el centro de Sevilla, hiciera sonar su campana. Un solo ton y las puertas se abrirían y todas las personas que hacían cola, tanto jóvenes desgreñados que llevaban días, o semanas, sin acercarse a una ducha, como mayores desdentados que hablaban solos, como regañándose, entrarían al comedor a aplacar momentáneamente su sed y su hambre. La mayoría de ellos

no se había metido nada en el cuerpo desde la noche anterior y sus estómagos lanzaban desde hacía muchas horas señales y sonidos de alarma.

Álvaro había cumplido 55 años, era ingeniero industrial y no tenía hermanos. Su padre, abogado del Estado, le había inculcado desde pequeño el amor a los libros y al Derecho, del que había sido durante treinta años un amante correspondido en prestigio y status profesional, pero él, a pesar de las esperanzas e ilusiones depositadas por su progenitor, se negó a prolongar una generación más la larga tradición jurídica familiar, la de su padre, la de su abuelo y la de su bisabuelo. De los libros y el Derecho, sólo se quedó con lo primero. Buen estudiante durante el colegio y el instituto, siempre le tiraron más la física y las matemáticas y no dudó en cursar una Ingeniería Industrial que le costó sangre, sudor, lágrimas, y ocho largos años, terminar. La especialidad que eligió, Automoción, tenía tres décadas antes, cuando él se licenció, excelentes salidas laborales y no tardó mucho en encontrar un trabajo bien remunerado en una fábrica de caja de cambios de Sevilla que suministraba piezas para una compañía automovilística francesa.

Aquella era la primera vez de Álvaro. Nunca antes había tenido que acudir a una institución de caridad cristiana para poder comer algo caliente. Durante sus veinte años de vida laboral, truncada cinco años antes por un ERE que fulminó a los profesionales más veteranos y mejor pagados de la empresa para sustituirlos por otros más jóvenes y peor remunerados, jamás había marcado la cruz de la Iglesia Católica en su declaración de la Renta. Normal: no creía en Dios y, menos aún, en la Iglesia, a la que identificaba con la riqueza y el boato del Vaticano y, aún peor, con los curas pederastas. La vida, o la mala vida, le habían conducido ahora a las puertas de una institución que dependía de ella para lograr un plato de comida.

En la fachada del edificio se podía ver, coronando la puerta principal, una sencilla imagen del Santo que daba nombre a la Orden que ese día le iba a dar de comer. Miró hacia arriba, a la representación de San Juan de Dios, y luego la dejó caer hacia las personas que le antecedían en la cola, sin dejar de preguntarse cómo había podido llegar hasta allí y qué es lo que él tenía en común con esa pandilla de drogadictos, borrachos y zumbados. ¡Perdedores! musitó para sí mismo con desprecio, aunque no se movió de la cola, que cada vez era más larga. Cuando sonó la campana que anunciaba la una en la iglesia, la fila empezó a moverse y a introducirse en el edificio, como hormiguitas que vuelven al hormiguero tras una batida por la cocina acarreando miguitas de pan. Lo primero que vio Álvaro fue un zaguán limpio y ordenado, con plantas por todas partes y adornado por unos helechos gigantes y unas frondosas enredaderas que recortaban la puerta negra de hierro forjado a través de la cual se llegaba a un típico patio sevillano que tenía en el centro, sobre un discreto pedestal, una pequeña imagen de la Virgen, esculpida en madera.

Un voluntario de unos 70 años, con el pelo completamente blanco, ordenaba la cola y les daba paso hacia el patio, con una beatífica sonrisa. "Buenas tardes, pasen, por favor", les decía educadamente. Así con uno, con otro, con otro, hasta que llegó a Álvaro. "¿Es la primera vez que viene aquí?", le preguntó. El ingeniero había entrado como un zombi, sin mirar a nadie, como hacía a los 13 años con el portero del cine de su barrio, que acabó siendo un supermercado, cuando intentaba entrar en una película autorizada para mayores de 18. Con esa edad, e incluso algunos años después, estaba convencido de que si él cerraba los ojos tampoco nadie le vería.

—Perdone —insistió el voluntario—, ¿es la primera vez que viene?

Detrás, se empezaron a escuchar algunos murmullos de impaciencia y un chaval de 25 años que aparentaba 10 ó 15 más, le increpó:

—¿Está sordo, amigo?

Álvaro no se volvió para contestar al tipo impaciente y se limitó a decirle al voluntario: "Sí, es la primera vez, ¿hay algún problema?". El hombre, un aparejador jubilado que colaboraba con la orden tres días a la semana, le cogió del brazo: "No hay ningún problema, señor, pero antes de pasar al comedor, debe hablar con Laura, nuestra trabajadora social, que le abrirá una ficha. Sólo serán unos minutos".

—¿Una ficha?, ¿para qué? —preguntó, mientras el hombre le guiaba por un angosto pasillo hasta el pequeño despacho de la trabajadora social, en el centro de cuya pared principal, desnuda como un niño recién nacido, destacaba el logo más famoso de la Historia, una cruz, en este caso de madera oscura y de casi un metro de longitud.

Laura tenía una figura estilizada, el cabello negro y los ojos de color miel, y era muy blanca de cara. No tendría más de 40 años y era bastante alta, aunque al lado de Álvaro, que sobrepasaba el 1,90, no lo pareciera.

—Buenas tardes. Mi nombre es Laura Herrera y soy trabajadora social. A todos los usuarios de este servicio de la Orden de San Juan de Dios les abrimos una ficha con sus datos personales, cuya única finalidad es conocer su situación personal para tratar de ayudarles. Le aseguro que todos estos datos serán absolutamente confidenciales.

Ella no sonrió como el voluntario que le había conducido hasta allí, ni le había llamado señor. Laura no era voluntaria, cobraba un sueldo por su trabajo y trataba de hacerlo con la mayor profesionalidad posible.

—Verá —dijo Álvaro—, yo no necesito ayuda. Solo quería comer....

La mujer le clavó los ojos sin exteriorizar ninguna emoción.

—Esto no es un restaurante ni un bar. Sólo damos de comer a las personas necesitadas y por eso debemos conocer algunos datos de nuestros usuarios. Nuestros recursos son limitados y tenemos que emplearlos bien. Espero que lo entienda.

Álvaro se movió en su silla, incómodo. Había tardado casi tres meses en tomar la decisión de ir a un comedor social, no porque no lo necesitara antes sino porque le daba vergüenza acudir a una institución de caridad. Éste le cogía bastante cerca de su casa y por eso lo había elegido, pero no esperaba tener que enfrentarse antes de comer a un interrogatorio con una sargenta con bata blanca y ademanes castrenses.

—Verá —carraspeó—, no estoy aquí por gusto pero si hay algún problema, me voy.

Laura lo miró, esta vez con cierta condescendencia, o eso le pareció a él.

—No quiero que se vaya pero necesito que me dé su nombre y su profesión y me hable de su situación laboral y familiar y que me diga si percibe algún subsidio público. Será un momento, se lo aseguro.

La trabajadora social no sonrió, pero parecía más relajada que al principio.

—Mi nombre es Álvaro Peña— empezó a decir él.

—¿Podría escribirlo? —le interrumpió ella, acercándole un papel.

Álvaro se sintió ofendido y humillado, confundido con un analfabeto, pero se mantuvo en la silla sin decir nada: no estaba en condiciones de exhibir su orgullo ni su amor propio. Al fin y al cabo, iba allí a que le dieran de comer gratis. Por otra parte, se consoló pensando que en la cola de fracasados que le precedía y de la que se sentía tan cercano emocional y físicamente como podría estarlo la Tierra de Saturno, habría muchas personas sin estudios o individuos de otros países que no sabrían

escribir en español. De modo que prefirió no tomarse la pregunta como nada personal y empezó a rellenar el papel con la mejor letra que pudo. Eran unas diez preguntas que no le llevó mucho contestar. Cuando acabó, le pasó el papel a la trabajadora social, que empezó a leerlo. Observó cómo su rostro iba cambiando de color y encogiéndose gradualmente a medida que leía sus respuestas a las preguntas. Al final se llevó la mano derecha a la frente y agachó la cabeza.

—Bien, señor Peña. Le agradezco su colaboración. Ya puede pasar al comedor.

Marcos

Álvaro conoció a Marcos cuando empezó a estudiar en la Escuela de Ingenieros. Los dos tenían 18 años, muchas ilusiones en la cabeza y mucho éxito con las chicas. Marcos era bastante alto, aunque no tanto como Álvaro. De madre sueca y padre jerezano, había heredado el color de pelo y de ojos de su madre, rubia triguera de preciosos ojos azules casi transparentes, y el atractivo personal y la simpatía magnética de su padre, un tipo con un extraordinario don de gentes que ocupaba un alto cargo directivo en una de las principales bodegas de Jerez. Artífice de su expansión internacional a mediados de los años sesenta, viajaba mucho por toda Europa y fue en uno de esos viajes donde conoció a la que sería su mujer, una azafata de una compañía aérea europea de la que se quedó prendado la primera vez que la vio. Marcos, su retoño, tenía desde pequeño ese algo exclusivo tan difícil de adquirir que diferencia a una persona atractiva e interesante, incluso a una persona extraordinariamente atractiva e interesante, de un auténtico crack que como un meteorito intergaláctico lo revoluciona todo a su paso, alguien, en fin, muy especial, del que ellas se enamoraban y ellos querían, como fuera, su amistad. Les gustaba a todos, todos querían estar con él, pero Marcos sólo aceptó tener un amigo desde que entró en la universidad, un verdadero amigo, Álvaro. Con él se sentaba en clase, con él iba a la cafetería de la Facultad, con él entraba en la Biblioteca cuando había que

hacer algún trabajo y con él estudiaba. Eran uña y carne, una pareja inseparable, envidiada y admirada.

Sin tener tanto carisma como su amigo, ni poseer una sonrisa tan subyugante como la suya ni ese saber estar ni esa forma de actuar ni ese saber decir lo que el otro está deseando oír que surgía de Marcos de una forma asombrosamente natural, Álvaro pertenecía por derecho al grupo inmediatamente inferior: al de los muy, muy interesantes. Moreno de ojos negros, como su padre, altísimo y con brazos poderosos que se trabajaba a conciencia practicando una hora diaria de natación, destacaba en el equipo universitario de baloncesto, donde jugaba de alero. Aunque en su clase apenas había seis o siete chicas, todas, sin excepción, habrían querido pasar una noche con él. Y alguna ,seguramente, más de una.

Ni Marcos ni Álvaro buscaban novia. Se tenían el uno al otro y eso parecía bastarles, aunque eran jóvenes, les gustaba la juerga, y los sábados no perdonaban una fiesta universitaria o una noche de baile que solía acabar de madrugada en la cama de alguna joven aspirante a novia que mostraba sus primeros argumentos para el puesto.

Las matemáticas y la física siempre se les habían dado bien a los dos, pero el primer curso supuso un gran salto para ambos, más para Álvaro que para Marcos. Aunque se pasaba casi todas las tardes estudiando y venía de colegios privados muy exigentes, en junio se tropezó con los primeros suspensos de su vida académica. Su padre aprovechó el batacazo para tentarle de nuevo con un itinerario alternativo menos empinado, Derecho, pero él se mantuvo firme y demostró coraje y determinación para escalar la elevada montaña que no sin esfuerzo y con agujeros negros de desánimo y desesperación lograría coronar siete años más tarde. Cuando presentó su proyecto fin de carrera y logró su título de ingeniero, junto con su inseparable Marcos, que lo había acompañado a su mismo paso durante ese largo y

accidentado viaje, su padre se sentía tan orgulloso de él como si hubiera sacado las oposiciones a abogado del Estado que él había superado treinta años antes.

1

Álvaro salió desorientado del despacho de Laura, la trabajadora social a la que tuvo que resumirle con respuestas escuetas los últimos cinco años de su vida y los mazazos que le había propinado, con razón o sin ella; el infierno, a fin de cuentas, que le había traído hasta allí.

Domingo, el voluntario jubilado que lo había abordado en el patio preguntándole si era la primera vez, lo esperaba fuera. ¿Cómo se llama?, le preguntó con la misma sonrisa beatífica que le sacó de quicio cuando estaba en la cola. Le dijo su nombre de mala gana y él le dijo el suyo. "Acompáñeme", exclamó, y le condujo a través de otro pasillo y de otro patio más grande al comedor. Había ya mucha gente esperando a que les sirvieran y tres mujeres mayores que él con delantales blancos y gorros de ese mismo color trasteaban en varias ollas con macarrones, patatas aliñadas y pisto manchego en una estancia más pequeña, separada por una puerta de la sala donde se comía. A la derecha había una mesa con platos baratos, pero limpios, y unos cubiertos de plástico de color blanco. Razones de seguridad, como en las cárceles, aconsejaban no poner tenedores o cuchillos afilados en manos de los comensales. Tuvo que esperar su turno durante varios minutos hasta poder coger uno de los platos y dárselo a una de las señoras de blanco, que lo llenó con un poco de los tres platos del día que se calentaban en las ollas, no sin antes preguntarle si había algo que no le gustaba. Él negó con la cabeza sin mirarle a los ojos. De bebida había agua y un refresco de cola de marca blanca. Él se sirvió agua y fue a sentarse al comedor con su plato y su vaso. La sala era bastante grande y contó unas veinte mesas

con seis sillas cada una, tres a cada lado de la mesa. En total, ciento veinte, si no le fallaban las cuentas. No había ninguna mesa vacía y se fue a la más lejana de la cocina, donde sólo dos personas estaban comiendo. Se sentó en una de las esquinas sin decir nada, dejando dos sillas por medio entre él y los otros dos comensales, a modo de distancia de seguridad, como la que marca la policía cuando acota la escena de un crimen. Aquí ese ficticio perímetro tendría un metro y medio como máximo y los dos tipos de la mesa, de unos sesenta años por lo menos y con una dentadura discontinua, lo saludaron con un leve gesto de cabeza sin dejar de comer. Él no respondió.

Pinchó uno de los macarrones y entonces le llegó un olor desagradable a ajo, procedente del otro extremo de la pared. Allí estaba sentado un hombre con el pelo canoso y grasiento que exhibía en su rostro desvencijado, como los surcos que deja en la tierra un arado, las huellas del sol y del viento, las manchas y el poco favorecedor legado facial de estar y vivir en la calle que ninguna crema antiedad podría de ningún modo mitigar. Álvaro se sintió afortunado: él no vivía a la intemperie, tenía una casa, aunque a duras penas pudiera pagar los recibos de la luz y el agua y debiera un año de comunidad.

Abstraído en ese pensamiento hasta cierto punto consolador de que siempre hay alguien peor que tú, se puso a mirar hacia otro lado con el macarrón aún pinchado en el tenedor de plástico y vio allí a una mujer muy mayor a la que le estaba llevando bastante tiempo comer. Un ostensible temblor en la mano derecha le hacía tan difícil pinchar las patatas como apuntar con un dardo al centro de una diana a diez metros de distancia y tanto o más difícil le resultaba llevarlas luego con tino a la boca, que abría y cerraba como las puertas de un supermercado del que sale y entra gente continuamente. Por el camino se perdían algunos trozos de comida, que caían a la mesa o al plato, pero nadie de allí le prestaba demasiada aten-

ción. Cada uno tenía sus problemas y allí solo iban a calmar sus estómagos.

Una ráfaga de aire procedente de alguna ventana abierta le trajo entonces un olor muy intenso a leche cortada procedente de la mesa que tenía enfrente y que estaba ocupada por seis hombres de distintas edades. Tres parecían jubilados, a otros dos les echaba su misma edad y el sexto, el que presentaba peor aspecto, con la cara amarillenta y la ropa más deteriorada, no debía tener más de 25 años. Con esa edad, pensó Alvaro soltando en el plato el tenedor que aún no había llevado a la boca, conoció a Clara.

Se la presentaron en una fiesta y estudiaba Enfermería, aunque su deseo era casarse y formar una familia numerosa, a la que ella cuidaría. Clara era morena, alta y delgada, con unos pómulos muy marcados, unos labios carnosos y unos ojos vivarachos de color canela que brillaban como antorchas en la noche. Esa chica con ángel que siempre estaba sonriendo y tenía cierto parecido con Audrey Hepburn, su actriz favorita, se convirtió rápidamente en la primera fuente de conflictos que tuvo que afrontar la indestructible amistad que se había forjado entre Marcos y él durante los siete años que compartieron aula en la Escuela de Ingenieros. La conocieron los dos a la vez y a los dos les gustó. Ella se fijó primero en Marcos, algo a lo que Álvaro estaba acostumbrado. Aunque a ambos les sobraban pretendientas, Clara era especial, diferente, una chica discreta y divertida que jamás decía más palabras de la cuenta ni hablaba nunca mal de nadie. Una chica atractiva que sabía estar en los sitios y que destacaba siempre por encima de las demás sin que se le notara el esfuerzo. En definitiva, una bomba andante a punto de estallar en el epicentro de una pareja de amigos que hasta entonces nunca habían discutido por ninguna chica. Era normal para ellos hablar de una y de otra, de si le gustaba más o menos a uno a otro y no era raro

que Marcos le dijera: no hay problema, Álvaro, toda para ti, yo me voy con la amiga, o viceversa. El buen rollo que tenían y con el que gestionaban éste y otros asuntos susceptibles de convertirse en conflicto les habría durado seguramente toda la vida, si Clara no se hubiera cruzado en sus vidas y las hubiera sacudido como un terremoto de intensidad diez en la escala Richter.

2

Álvaro no pudo meterse ni un trozo de comida en la boca, a pesar de que las patatas, el pisto y los macarrones que nadaban juntos en su plato tenían buena pinta y él apenas se había tomado un café en lo que iba de día. Su estómago, que llevaba más de una hora pitando, desde que se había puesto en la cola, reclamando algo sólido con lo que calmarlo, se le cerró de repente. Los olores no muy agradables a ajo y leche cortada que expelían algunos de sus compañeros de mesa le habían revuelto las tripas. El ingeniero aceptó la evidencia de que ese día no comería y se levantó de su mesa para irse. Temía, antes de entrar, que la experiencia no saliera bien, que algo le impidiera meterse en el cuerpo un plato de comida caliente, y sus temores finalmente se habían cumplido, pero cuando había andado apenas unos metros en dirección a la puerta de salida, se le acercó un chico muy joven, de unos 20 años, que llevaba puesta una bata blanca como la que llevaban todos los voluntarios de la orden.

—Señor, ¿ha tenido algún problema con la comida?

Se hizo un silencio en el comedor y casi todos los comensales, unos veinte o treinta en ese momento, se volvieron hacia él, pendientes de la conversación. Álvaro giró su cabeza y grabó la escena en su retina: todos aquellos friquis, esa partida de fracasados sin futuro que habían arruinado sus vidas y vivían de la caridad ajena, estaban mirándole, expectantes, preguntándose

si tendría algo malo la comida. A ninguno de ellos se lo debió parecer, porque unos la comían con avidez y otros, el resto, ya había vaciado su plato sin dejar un solo macarrón o trozo de patata por comer, mientras se preparaban para tomarse el yogur que había ese día de postre. Su plato seguía intacto en la mesa, aunque los dos tipos de la esquina ya se habían acercado a él con la intención de comérselo. Álvaro miró al voluntario, tras sostenerle la mirada, y se limitó a decir:

—No tengo hambre.

Luego salió escopetado de allí y recorrió el pasillo a paso ligero que conectaba al patio principal, aunque cuando iba a enfilar el zaguán que le conduciría por fin a la calle, se encontró de frente con la trabajadora social, que acababa de salir de su pequeño despacho.

—Señor Peña, no se olvide de traerme mañana su currículum y su tarjeta del paro.

Clara

Clara era de esas chicas que sin ser guapas, o no extremadamente guapas, no podías dejar de mirar. Tenía estilo propio, era elegante, cualquier cosa le quedaba bien, desde unos vaqueros a una camiseta, y andaba y hablaba de una manera tan glamurosa que dejaba a Marcos y a Álvaro embobados. Cuando la conocieron tenía 20 años y estaba en el apogeo de su juventud. Aunque casi siempre sonreía y nunca se le oía quejarse ni hablar mal de nadie, como hacía la mayoría de las personas que los dos habían conocido hasta entonces, Clara había tenido una infancia dura, desprovista del cariño de sus padres. Su progenitor, un hombre hecho a sí mismo, tenía un negocio de alquiler de grúas que le obligaba a viajar mucho y su madre, una mujer que tampoco había podido estudiar y a la que conoció cuando los dos eran adolescentes, cayó al poco de nacer ella en una depresión que iría a peor con los años y de la que nunca se curaría. Esa terrible enfermedad se fue complicando con patologías paranoides por el abuso de tranquilizantes y ansiolíticos, que la dejaban todo el día medio dormida o vagando como un zombi por el enorme caserón de trescientos metros cuadrados en el que vivían. Sin hermanos en los que apoyarse, a Clara la crió una niñera alemana muy mayor, demasiado estricta y poco empática que le enseñó, no obstante, a comportarse como una verdadera señorita en todo momento. La instruyó en cómo hacer sus deberes con una pul-

critud intachable, en tocar el piano al nivel de un conservatorio de grado superior y en utilizar el cuchillo, el tenedor y la cuchara de postre como si tuviera que ir todos los sábados a algún almuerzo palaciego o a alguna exótica recepción diplomática; sin embargo, no le dio amor ni cariño, puesto que esas dos palabras no existían en el vocabulario básico de la vieja y eficiente niñera alemana. Enamorada de su padre ausente, que la colmaba de regalos suntuosos e inútiles cada vez que volvía a casa, lo que sucedía una o dos veces al mes como máximo y nunca por más de una noche o de dos, Clara terminó sus estudios en un elitista colegio privado de Sevilla en el que se formaban los hijos de la alta burguesía de la ciudad, tras lo cual optó por estudiar Enfermería para cuidar a enfermos y a personas mayores. Su madre había fallecido algunos años por intoxicación medicamentosa, la expresión eufemística con la que un forense amigo de su progenitora maquilló un suicidio por sobredosis de pastillas que habría impedido enterrarla en camposanto, como era su deseo.

En la fiesta en la que se conocieron Álvaro, Marcos y Clara, ésta bailó primero con Álvaro, el moreno gigantón, arrítmico y patoso, y luego con Marcos, el príncipe rubio de aspecto nórdico que se deslizaba por la pista de un baile con la elegancia y suavidad de un campeón olímpico de patinaje sobre hielo. A él besaría aquella noche y con él quedaría el sábado siguiente, para decepción y frustración de Álvaro, que ya se había enamorado de su forma de reír, de su sonrisa transparente y de su forma de rodearle el cuello con sus brazos largos, dulces y delgados durante la primera canción que bailaron.

El futuro ingeniero, al que le faltaba un año para acabar la carrera, aceptó la derrota con deportividad. No era la primera vez que una chica que le gustaba prefería a su amigo, pero nunca antes le había dolido tanto. Sus ciento noventa centímetros cincelados por la natación y las pesas como una escultura griega habían hecho revolotear a su alrededor, a lo largo de

toda su vida universitaria, una nube de chicas de todo tipo, guapas y menos guapas, altas y bajas, buenas y menos buenas, simpáticas y petardas, entre las que había ido extrayendo los ligues y novietas que satisfacían sus exiguas exigencias afectivas y las necesidades fisiológicas propias de la edad.

Pero con Clara experimentó algo que no había sentido antes: la de no pensar en ninguna otra chica de las que se le ofrecían con regularidad, daba igual lo guapas o simpáticas que fueran o la exuberancia de sus atributos corporales. El peor diagnóstico, pues, se confirmó: se había enamorado de la novia de su mejor amigo.

1

Álvaro salió del comedor social con más hambre de la que entró y con el firme propósito de no volver. La experiencia había resultado peor aún de lo que esperaba, porque todo lo que podía salir mal, salió mal: el interrogatorio de la estirada trabajadora social, que lo había tomado por analfabeto; el voluntario con la sonrisa santurrona que le sacaba de quicio y la pestilencia de algunos comensales. Y para colmo, el voluntario jovencito que lo había puesto en evidencia delante de todos los demás preguntándole si había algún problema con la comida.

El estómago le pedía alimento y anduvo durante cinco minutos hasta llegar al McDonalds de la Campana, en el corazón de la ciudad. Se asomó tímidamente, como si buscara a alguien, y vio a varias mesas pobladas de adolescentes, algunos con peinados raros, riendo y comiendo hamburguesas gigantes acompañadas de patatas fritas y coca—colas. También había algunos padres jóvenes con niños pequeños y cara de no haber dormido la noche anterior, tal vez porque a alguno de sus hijos le dio fiebre y tuvieron que pasar la noche en vela, cuidándolos. O tuvieron que llevarlos a Urgencias y esperar allí cuatro o cinco horas a que los atendieran, como era habitual en todos

los hospitales de Sevilla desde el inicio de la crisis. Él no tenía hijos y nunca tuvo que cuidar de nadie más que de sí mismo. Los veinte años que estuvo viviendo con Clara fue ella la que lo cuidó a él, la que le tenía la comida preparada en casa, cuando llegaba de la fábrica, la que le preguntaba cómo le había ido el día con sus compañeros de departamento, la que le tenía toda su ropa lavada y planchada, perfectamente ordenada en el armario para que él se la pusiera, cuando hiciera falta. A Clara le había puesto una empleada doméstica dominicana, así se llamaba entonces, empleada doméstica, a lo que sus padres y abuelos llamaban simplemente criada, chacha, o sirvienta, palabras que se consideraron con el paso del tiempo humillantes e indignas y que habían sido sustituidas por otras más asépticas y políticamente correctas. Él también se beneficiaba, con edad ya de ser abuelo, de esa nueva moda de la corrección lingüística que recorría la Europa más desarrollada: a los pobres como él ya no se les llamaba así, ni pobres de solemnidad, sino "personas en riesgo de exclusión social". Se lo había recordado Laura una hora antes en el comedor, la sargenta en bata blanca que le recordaba vagamente a Clara, no por su sonrisa precisamente, puesto que no torció la boca en ningún momento de la entrevista, sino por cierto parecido físico con ella y, sobre todo, por la economía con la que hablaba y el mínimo gasto de saliva. Una mujer de pocas palabras, algo no demasiado frecuente.

El ingeniero hurgó sin éxito en los bolsillos de sus viejos y parcheados pantalones Polo Ralph Laurent, herencia de tiempos mejores en los que podía gastarse 400 ó 500 euros en una sola visita a la sección de Caballeros de El Corte Inglés. Buscó y rebuscó, pero no encontró ni un solo euro para comprarse una minihamburguesa con la que sofocar las quejas de su estómago y aguantar como fuera hasta la noche, en la que se comería una tortilla francesa a palo seco. En su viejo frigorífico, que ya había sufrido tres reparaciones, siempre había huevos,

tomate y yogures, tres componentes básicos de su equilibrada dieta, pero que tenía medidos en dosis ajustadas para que le llegaran a final de mes. Frustrado y contrariado, cuando ya iba a salir del McDonalds en el que apenas había puesto un pie, advirtió que una pandilla de adolescentes con surtida ferretería en la cara que ocupaba una mesa cercana a la puerta en la que él se encontraba, se ponían sus cazadoras, se levantaban de sus sillas y se marchaban. Un trozo de hamburguesa medio desecha y unas cuantas patatas fritas sobraron en una bandeja y se acercó con disimulo hacia ellas, antes de que algún empleado llegara y se las llevara. Nadie le vio hacerlo, o al menos eso creyó, y metió ese trozo pringoso de carne picada y ese racimo frío de patatas en una de las cajas de cartón vacías que sacó fuera rápidamente para comérselas en la calle.

2

Clara estuvo saliendo con Marcos durante varios meses, pero él no era como Álvaro ni estaba dispuesto a renunciar por esa chica de cara angelical a su pródiga vida sexual con algunas de las rubias, castañas o morenas poco o nada angelicales que se le ponían a tiro. Ya no las buscaba, como antes, pero tampoco tenía fuerzas ni ganas de rechazarlas. Y aunque Marcos era educado y discreto y se esforzaba por no humillar a ninguna de las chicas con las que salía, de cuando en cuando sus precauciones fallaban. Y eso es lo que le ocurrió un día con Clara. Era un jueves y ella le había llamado para que le acompañara a la fiesta de cumpleaños que una compañera de clase celebraba en su casa. Él le había dicho que tenía que estudiar, pero al final ni ella fue al cumpleaños, que no se celebró por un problema familiar de última hora, ni él estuvo toda la tarde estudiando. A eso de las ocho le había llamado "para celebrarlo", al menos, eso le había dicho por teléfono, una voluptuosa peluquera con la que había estado un par de veces hacía años y que acababa de superar una

entrevista de trabajo para entrar en un Corte Inglés como dependienta. Allí —le dijo— le pagaban mejor y tenía posibilidades de promoción. La peluquera, que tenía una melena roja rizada espectacular y unos turgentes senos de la talla 95 que le habían costado cientos de cortes y tintes de pelo a clientas gruñonas y amargadas, envidiosas de su juventud y belleza, estaba loca de contenta con la idea de abandonar el ingrato y monótono mundo de las peluquerías de señoras. Y se puso tan cachonda y eufórica que se acordó del príncipe nórdico. Él estaba estudiando cuando le llamó, pero no supo o no pudo decirle que no, a pesar del tiempo transcurrido. Quedaron en un bar no muy conocido del centro de la ciudad para tomarse algo y entrar en calor, antes de darse el correspondiente revolcón en el asiento de atrás de su coche, pero un destino cruel quiso que Clara acabara también en ese bar con algunas de las amigas rebotadas del "no cumpleaños". Con cualquier otra chica menos guerrera, Marcos podría haber defendido una cerveza imprevista con una compañera de clase de la que necesitaba unos apuntes o consultar alguna duda para el examen de cálculo infinitesimal, pero la peluquera pelirroja de melena fiera era toda ella el epítome de la lujuria, el sexo hecho mujer. Viéndola, con su ajustada falda negra muy por encima de la rodilla, con su escote de vértigo por el que desbordaban como el agua rebosante de una bañera sus llamativas prótesis de doscientas mil pesetas de entonces, y alzada toda su curvilínea anatomía sobre unos tacones negros de aguja que elevaban sus infinitas piernas hasta el cielo del deseo masculino, ninguna mujer, ni siquiera Clara, la menos larga y menos retorcida de todas las chicas que había conocido Marcos, podría pensar en una cita de amigos o de compañeros de clase. Él lo comprendió y se limitó a pedirle perdón. Ella aceptó sus disculpas con elegancia, pero puso fin a la relación. Clara hablaba poco pero no se andaba con medias tintas, y cuando tomaba una decisión nunca daba marcha atrás.

Álvaro

Álvaro salió del McDonalds y fue caminando lentamente hacia la Plaza del Duque y se sentó en un banco al sol para tomarse los restos de la hamburguesa. Estaba fría, igual que las patatas, pero tenía mucha hambre. En cuanto salió del comedor y respiró aire libre, se le había abierto de nuevo el estómago. Durante su época de estudiante y antes de casarse, cuidaba mucho su dieta. Apenas tomaba dulces y nunca abusaba de las grasas: sabía combinar en su justa medida proteínas e hidratos de carbono y gracias a eso, y a su afición al deporte, especialmente la natación, mantuvo un cuerpo envidiable de los 18 a los 30. Incluso había ganado algunos casting para anunciar bañadores y ropa interior con los que obtuvo dinero extra para sus gastos. Dinero fácil, decía él, porque las sesiones de fotos no duraban más allá de una mañana o de una tarde. Su cuerpo escultural había aparecido en varios catálogos de moda interior de Zara, una marca en auge que le empezaba a hacer sombra a El Corte Inglés, y en varios de Asuntos Internos, una pequeña franquicia dedicada a la venta de calzoncillos para hombre que quebraría algunos años más tarde de que él ocupara la portada de la colección primavera/verano de 1982. El responsable de ese catálogo, un chico italiano con peinado ensaimada y más pluma que un abejaruco, le animó a hacer carrera como modelo y a dar el salto internacional, que es donde —decía él— se ganaba realmente dinero, hasta 3.000 dólares de entonces

por sesión. Incluso se ofreció a ser su representante ("tú tienes algo", le insistía) si estaba dispuesto a viajar a Milán, París y Nueva York, los tres lugares clave para cualquier modelo profesional, pero Álvaro rechazó sin dudar la invitación. Quería ser ingeniero industrial y vivir de eso. Además, la carrera de modelo era corta y con 30 ó 35 años ya estaría fuera de circulación, mientras que de ingeniero, se decía a sí mismo, podría ganarse bien la vida hasta su jubilación.

1

El sol otoñal que le había acariciado la cara mientras se comía la hamburguesa se había ido hacia otro sitio y Álvaro empezó a sentir frío. Se levantó del banco, se subió el cuello de su viejo anorak y cogió la calle Laraña en dirección a su casa. Tenía trabajo pendiente: revisar ofertas de empleo, mandar algunos currículos, aunque ya sin demasiadas esperanzas, y hacer algunas llamadas. Su salud se había deteriorado desde que Clara y él se separaron hacía menos de un año. Apenas podía dormir más de cuatro horas al día y sin ningún tipo de ingresos, sus últimos ahorros apenas le daban para comer caliente. Abusaba de los bocadillos de mortadela y chopped que compraba en alguno de los supermercados del centro, a 1,20 el cuarto, a veces, incluso a un euro, aunque cuando salían estas ofertas el color de la chacina era más oscuro, como si llevara más tiempo de la cuenta en el frigorífico y se hubiera secado en exceso. Tampoco su sabor era el mismo, pero se dejaba comer. Álvaro se conocía todas las promociones de todos los super en un radio de tres kilómetros a la redonda, igual de bien que se conocía el funcionamiento interno y los distintos componentes de una caja de cambio. Los conocimientos que durante veinte años estuvo aplicando a la ingeniería mecánica y que le habían reportado un nivel de vida más que aceptable, con ropa cara, nevera llena, comidas en restaurantes, coches de alta gama y

viajes, no tenía más remedio que aplicarlos ahora a la ley de la oferta y la demanda de alimentos de primera necesidad, en un duro ejercicio de supervivencia no exento de malabarismos contables. Jamás se podría haber imaginado cuando trabajaba en la fábrica lo que se podía hacer con los ocho euros que antes se gastaba alegremente en una entrada de cine.

El pan, que antes apenas tomaba, ahora era parte de su dieta básica. Siempre compraba tres barras a 1,10 euros. Cuando llegaba a casa, cortaba cada una en cuatro trozos que iba congelando y descongelando hasta terminarse 12 bocadillos, que equivalían a 12 comidas, o 12 cenas. Cada bocadillo, si compraba la mortadela o el chopped a 1 euro el cuarto, le salía a 1,20 euros si metía solo un par de lonchas y a 1,30 si metía tres. La carne y el pescado quedaban fuera de su alcance, no así los huevos y los yogures de marca blanca, las otras dos patas fundamentales, junto con el pan y los embutidos más baratos, de su dieta habitual.

Aunque se negaba a ir a su médico de cabecera, al que conocía desde hacía muchos años y con el que había coincidido muchos domingos de los buenos tiempos en el Club de Campo, donde arquitectos, abogados, médicos, ejecutivos e ingenieros como él se reunían con sus familias para comer y practicar deporte al aire libre, sabía que su cuerpo, del que tan orgulloso se había sentido, empezaba a fallarle. Era raro el día que no le dolía el estómago: si no era ardentía, eran gases, o acidez, aunque algunas veces era una punzada terrible, como una aguja que le estuvieran clavando. Llevaba mucho tiempo sin poder ir al odontólogo y los dientes se le estaban estropeando. Las encías le dolían y le sangraban con frecuencia, de lo inflamadas que las tenía. La perfecta dentadura de la que antes presumía (Clara, que tenía algún colmillo atravesado, le decía, cuando eran novios, que podría anunciar dentífricos) iba camino de ser historia: le habían aparecido algunas caries y en la mayoría de ellos unas manchas amarillas como lunares, que

supuso que tenían que ver con la falta de vitaminas. El pelo, que aún conservaba abundante y con pequeñas vetas plateadas en las sienes, había perdido su brillo, aunque procuraba lavárselo al menos dos veces a la semana. Su intestino fue el último órgano de su cuerpo en fallarle: atravesaba rachas de más de una semana sin ir al baño que le hacían sentirse muy pesado e incómodo, que alternaba con otras, sin embargo, en las que iba cuatro o cinco veces al día en las que parecía que se le había abierto un grifo en el ano por el que echaba un apestoso puré. Y le estaban saliendo en la cara algunas escamas blancas que atribuyó también a la falta de vitaminas y de nutrientes esenciales.

2

A Marcos le costó meses aceptar que Clara lo dejara; olvidarla le llevó casi toda la vida. Tras el desafortunado incidente con la peluquera, durante el cual ella demostró toda esa clase y elegancia que le hacía distinta de las demás chicas de su edad (se limitó a dejarle encima de la mesa, cuando ella se fue al servicio, un colgante de plata que él le había regalado), el amigo de Álvaro estuvo llamándola todos los días durante un mes para pedirle perdón. Ella no le respondía, esperando a que se cansara, pero él insistía e insistía. Al mes justo, ella le cogió el teléfono. Él le dijo que lo sentía mucho, que seguía enamorado de ella y le pidió llorando que lo perdonara y volviera con él. Ella le dijo con dulzura y sin levantar la voz que cualquier relación, de amistad, familiar o sentimental se basaba en el respeto y la confianza, y que ella ya no confiaba en él. Marcos entonces se humilló, cosa que no había hecho antes con ninguna chica, diciendo que sabía que él no valía nada al lado de ella. Clara lo frenó: "No es verdad. No digas eso. Simplemente eres diferente a mí, demasiado diferente para que esto pueda salir bien". No tuvo que decir nada más, Marcos volvió a pedirle perdón y ella le dijo que lo perdonaba y que le deseaba lo mejor. Y luego colgó.

Álvaro no quiso dar ningún paso hasta estar seguro de que la historia con Marcos había terminado. Él era su mejor amigo, su único amigo, y tuvo que hacer de tripas corazón aguantando sus lloriqueos durante todo ese mes que estuvieron separados. Marcos sabía que a él también le había gustado Clara, pero no podía imaginar hasta qué punto ni que aún la amaba. Ella lo había elegido a él y pensó que allí había terminado la cosa para Álvaro. Y después de la ruptura, durante un largo mes, Marcos utilizó a su mejor amigo como paño de lágrimas, mientras éste tuvo que reconcomerse por dentro cuando el otro le hablaba con ojos acuosos de lo linda que era Clara, de los detalles que había tenido que él, de lo diferente que era a todas y de lo feliz que lo había hecho. Tras escucharlo decir esas cosas durante tantos días seguidos, Álvaro llegó a la conclusión de que se había equivocado con Marcos y que Clara no era para él otra conquista más de su lista kilométrica, interminable, como había pensado hasta ese momento, sino que estaba realmente enamorado de ella. Como él mismo.

Tras la breve conversación telefónica en la que ella le dijo que no volvería con él, Marcos comenzó a aceptar la situación y a ser, poco a poco, el de antes. No quiso volver a quedar con la peluquera, a la que culpaba tontamente de su ruptura, pero empezó a salir de nuevo por la noche. En alguna de esas ocasiones, volvió a liarse con alguna chica, aunque sin comprometerse a más. Y ésa fue la señal que esperaba Álvaro para decidirse a dar un paso adelante y llamar a Clara. Quedaron varias veces y tuvo que hacer de nuevo de tripas corazón, porque ella no había olvidado del todo a su amigo, del que aún seguía enamorada, aunque tenía claro, al menos eso le decía, que no volvería nunca con él.

Clara era una mujer de pocas palabras pero solía cumplir lo que decía. Y Álvaro se aferró a eso y con paciencia de hormiguita fue construyendo una relación de amistad desde la que dar

el salto a otro tipo de relación. Pasaron más de seis meses antes de que él la besara en un pequeño bar de copas del centro por la zona de la Giralda. Los dos habían tomado varias cervezas y una copa de vino tinto, lo que le ayudó, sin duda, a decidirse. Fue una maniobra rápida que a ella le cogió desprevenida, sin que le diera tiempo a reaccionar. No le dio tiempo a volverle la cara, pero tampoco hizo nada con sus labios, como si le besara una puerta. Él se despegó decepcionado y se quedó mirándola a los ojos, a apenas veinte centímetros de su cara. Ella le aguantó la mirada durante unos segundos que a él se le hicieron interminables, en los que la bola, tras haber dado en la cinta de la red, podría caer a cualquier lado. Era la bola de partido y él la vivió en cámara lenta, como si fuera la jugada repetida de una retransmisión de un encuentro de tenis, con una tensión infinita, pues sabía que ahí, en esos pocos segundos, en los que a ella apenas le había dado tiempo de pestañear un par de veces, se estaba decidiendo su vida, o al menos, una parte importante de su vida, la de si sería ella o no su compañera de viaje para el resto de sus días, puesto que si después de seis meses viéndose todas las semanas, a veces varias tardes durante varias horas, hablando y riendo, yendo al cine, cenando, tomando tartas de queso, Clara aún no sentía nada por él, nada parecido a lo que él sentía por ella, tendría que cerrar definitivamente la página más importante de los 25 años que llevaba en el mundo, la de la única chica de la que realmente se había enamorado.

Clara parpadeó por tercera vez con sus largas y frondosas pestañas y bajó la mirada lentamente desde sus ojos hacia su boca. Álvaro cerró entonces sus ojos y sintió sus labios cálidos sobre los suyos. Y pensó que aquel beso no sólo era lo mejor que le había pasado en su vida hasta entonces sino el principio de algo hermoso e indestructible que le acompañaría hasta que diera su último suspiro en este mundo.

3

El piso en el que vivía tenía unos ciento veinte metros cuadrados, repartidos entre un salón bastante amplio, una cocina de unos diez metros cuadrados, cuatro dormitorios, uno de ellos bastante grande, y dos baños. La vivienda estaba muy bien situada, cerca de la Plaza de la Encarnación, donde se levantaban las espectaculares setas de madera diseñadas por el arquitecto alemán Jurgen Mayer, en pleno corazón de la ciudad. La había comprado poco antes de casarse con Clara por 10 millones de pesetas. Por aquel entonces, ya cobraba un buen sueldo como ingeniero de la fábrica. Era el tercero de un pequeño pero lujoso bloque de viviendas de tres plantas y seis pisos que estaba incrustado en una esquina de la plaza del Cristo de Burgos, de donde todos los Miércoles Santo salía en procesión un crucificado muy popular al que veneraban miles de sevillanos, que lo acompañaban con indecible devoción tanto a la salida, un poco antes de las 9 de la noche, como a la entrada en su capilla, seis horas más tarde. El piso tenía una amplia terraza con unas excelentes vistas a la iglesia que podría haber alquilado en Semana Santa por una considerable cantidad de dinero si no fuera porque la balconada de la casa se había deteriorado tanto por las lluvias, el paso del tiempo y la falta de mantenimiento que el suelo y algunas partes de la pared habían empezado a resquebrajarse. El resto de la casa estaba en mejores condiciones, pero había humedades en el techo por filtraciones de agua desde la azotea que él ya no tenía dinero para arreglar y que iban creciendo como setas. El piso, calificado de lujo cuando lo compró, tenía calefacción central de gas, distribuida por todas las habitaciones, pero no se atrevía a encenderla porque sus ahorros de supervivencia no le daban para pagar la factura. Lo mismo le pasaba con el termo de agua caliente que sólo ponía una vez a la semana. El resto de los días se duchaba con agua fría en un

par de minutos o se lavaba por parroquias sin gastar nunca mucha agua. Había hecho sus cálculos y no podía permitir que ninguna de las dos facturas pasara de 15 euros al mes, para lo cual tampoco encendía apenas la tele. Las lámparas de la casa, en forma de candelabro, sólo tenían una bombilla operativa, por si se le olvidaba. El horno, el electrodoméstico que más electricidad consumía, llevaba meses sin encenderlo, aunque tampoco es que tuviera mucho que meter en él. La peor factura, sin embargo, era la de la comunidad, 150 euros al mes, resultado de la fatal conjunción de tener muy pocos vecinos en el bloque, sólo seis, y una espectacular zona ajardinada que exigía un jardinero y mucha agua, por no hablar del ascensor, demasiado antiguo, que se estropeaba cada dos por tres. La de la comunidad fue la primera factura que tuvo que dejar de pagar cuando se fue Clara y vio que apenas le quedaba dinero para comer. Sus vecinos, que eran un matrimonio de funcionarios municipales con dos niños pequeños, un sastre ya jubilado, un delegado comercial cincuentón con tres hijos mayores, un directivo de una compañía de seguros, y un pintor de arte abstracto, le habían reclamado la deuda, que ascendía a cerca de 2.000 euros, de todas las formas posibles, por las buenas ("Álvaro, esto tenemos que solucionarlo"), por las regulares ("Álvaro, si esto no lo arreglas pronto, nos veremos obligados a hacer algo que de ningún modo nos gustaría hacer"), y por las malas, con requerimientos judiciales de pago, a las que se había opuesto únicamente Ricardo Álvarez, el artista contemporáneo, un tipo de unos cuarenta años que vivía solo y hacía unos cuadros tan raros que casi nadie en Sevilla entendía.

Todos sus vecinos, salvo el pintor, habían dejado prácticamente de hablarle y si se cruzaban con él en las escaleras, en el zaguán o en el ascensor, le volvían la cara como a un apestado. Álvaro acabó acostumbrándose y dejó también de saludar-